

una visita del alcalde le llevó el primer anuncio de guerra. Entró, después de haber sacudido cuidadosamente el paraguas, completamente blanco de nieve, y detrás de él apareció el superintendente, con la cara lustrosa como si se la hubiese limpiado con el mandil de la tocinería. Todo en la persona de este sujeto, alto, gordo, rebosando salud, revelaba, á través de cierta benignidad, la importancia extraordinaria que él atribuía á su cargo; tan grande, en efecto, y tan hondamente sentida en el seno de su familia, que una hija suya (el hecho era conocido en todo el pueblo), el primer día que había ido á la escuela, al mandar la maestra: «En pie», había preguntado con ingenuidad si también ella, hija del superintendente, debía levantarse.

Mientras el alcalde miraba por las paredes y por el piso si había manchas ó raspaduras, el superintendente, por imitación, echaba una ojeada á los bancos, buscando manchas de tinta ó cortes.

El alcalde preguntó al maestro qué tal iba la escuela. Presentábase muy cortés; alguna comisión debía de llevarle allí, y bastante delicada.

Emilio lo sospechó cuando, después de algunas preguntas vagas, á cuya contestación atendía apenas, le rogó el alcalde que hiciese leer á cualquiera la composición última, para oír la pronunciación. El tema de la composición era: «Victor Manuel que acudió á Roma inundada por el Tiber en el otoño de 1870».

Después de oír la lectura de este trabajo, dijo con lentitud y en tono de benevolencia:

—Está bien. Pero... no sería malo que de cuando en cuando pusiese usted también algún asunto... La enseñanza literaria puede venir perfectamente en auxilio de la enseñanza moral... Diciendo moral, quiero decir principalmente religiosa. La historia religiosa ofrece asuntos admirables. Hay en ella hechos grandes... de santos que también fueron grandes hombres... en ciencia y en otras muchas cosas. De esta manera se obtenían dos ventajas... simultáneas. Además... no es malo variar.

El maestro comprendió desde el principio de dónde procedía el consejo.

Respondió, pues, con muy buen modo:

—Perdone usted, señor alcalde... Consideraba yo conveniente distinguir las dos enseñanzas...; con tanto más motivo, cuanto más cierto es que todos los alumnos reciben ya la instrucción religiosa en la iglesia y no quiero invadir ese campo...

—No es invadir el campo, señor maestro—replicó el alcalde;—es ensancharlo. Eso he querido decir.

—Perdone usted—contestó el maestro hábilmente,—para que sepa yo á qué atenerme: ¿el señor alcalde encuentra que hay algo inoportuno en el tema que he dado?

—No digo eso—respondió el alcalde, sintiendo la estocada, y enardeciéndose al recibirla;—aunque, en realidad, no es necesario acudir á sucesos recientes... Acerca de éstos, existen á veces en las familias diferentes maneras de ver... Son cosas políticas, en fin... Mejor sería dejarlas para los periódicos. No lo digo precisamente por el tema de que hablamos ahora, sino porque un asunto trae otro. Por último—dijo, como exasperado con su propio embarazo,—usted que es joven y es inteligente, aténgase al consejo de los ancianos, y le valdrá más.

El maestro, picado á su vez, nada contestó. Pero como, al parecer, el alcalde esperaba una contestación, le dijo más seco:

—El señor alcalde juzgará todos los temas que yo dé en lo sucesivo.

El alcalde comprendió muy bien que bajo aquella respuesta se escondía un propósito de independencia; pero se hizo el desentendido. Tomó la composición de manos del alumno, hizo observaciones sobre la sintaxis, con el aire de quien maneja las herramientas de su oficio.

—Dice aquí—observó:—«En el momento en que el pueblo acudía». Yo diría: «En el momento «en el cual» acudía.»

—Dispense usted—dijo Emilio;—el «que» es gramatical en esa acepción.

—Pero es más gramatical de la otra manera—replicó el alcalde.—También en la lengua lo primero es la

lógica. Ese «que» puede producir ambigüedad. Y prosiguió: «Hacia últimos del mes.» ¿Últimos qué?

—Días—contestó el niño.

—¿Por qué no lo has escrito?

—Es una elipsis autorizada por el uso.

—Yo me atengo al uso de la razón. No puede haber atributo sin sujeto. La precisión ante todo.

Borró después dos ó tres «ques» y se anticipó á las observaciones del maestro:

—Ya lo sé; no es un verdadero error. Pero se hace del vocablo un verdadero abuso, y no es palabra que suena bien. Yo la he borrado siempre de las minutas de los empleados. Combátala usted también, y le valdrá más.

Esta frase exasperaba al maestro.

—De lo demás—concluyó el alcalde, inclinándose para mirar la estufa,—todo está bien.

Después, volviéndose al maestro:

—Buen orden, mucho aseo; prosiga usted así. Encargue usted á los alumnos que se limpien bien los zapatos antes de entrar.

Para decir también él algo, el superintendente inclinó la cabeza sobre el cuaderno de un muchacho, y le dijo gravemente, señalándole con el dedo una palabra:

—Pon el puntito á esa *i*.

Y ambos salieron, después de haber echado una investigadora mirada á las paredes.

El cura, pues, había movido el primer peón. Pero Emilio supo después algo peor: que el mismo sacerdote preguntaba á los alumnos lo que el maestro decía en la escuela acerca de la religión, y qué libros leía, y qué otros les aconsejaba que leyesen; y que el teniente cura, más iracundo que su jefe, explicando el catecismo á sus alumnos, había dado un correazo á uno que no supo contestarle y le había dicho: «Toma, y corre á decir al que te enseña la religión de los «flamasones» que también habrá para él, si quiere.» Comprendió también que debía de haber un espía en la clase, pues supo que el cura estaba enterado del gesto desdeñoso que él había hecho en la escuela cuando salieron el alcalde y el superintendente. Fué,

por lo tanto, á pedir consejo sobre todo esto al señor Pirota. Pero éste, siempre delicado de salud, era un buen señor, que se agradaba de hacer una guerra oculta, cortés en la apariencia, con la diplomática intención de lograr que resaltase la tosca violencia de su adversario iliterato al lado de su dignidad caballeresca de prelado culto; y se limitó á aconsejarle que no diera importancia á tal guerra, que se apagaría con un vaso de agua. Entonces solicitó consejo del concejal. Pero éste se encogió de hombros con lástima. Y le citó, modificándolo un poco, un verso del Dante:

«No te cuides de los clérigos;
míralos y pasa...»

Y agregó:

—De todas suertes, cuando principien las hostilidades en serio, aquí estaremos. Pero esté usted seguro de que, por ahora, el blanco es otro.

Explicando estas últimas palabras, dijo que todas las iras del cura estaban condensándose sobre la cabeza de la Fanari, de la «judía», como la llamaba hacia año y medio, porque no había ido á misa el primer domingo. Habíanse reanimado las iras antiguas por varias causas: primeramente, porque mientras la maestra Marca había regalado un adorno para el altar mayor, la otra, no solamente no había regalado nada, sino que no había aceptado la proposición de las discípulas mayorcitas de hacer entre todas una labor para la parroquia; y después, porque estaba haciendo, según era público y notorio, el bordado de una bandera tricolor que, por iniciativa de algunos concejales de la oposición, debía ser regalada al Municipio en el día 14 de Marzo, con la condición de que fuese enarbolada, desde aquel día en adelante, sobre el edificio de las escuelas, donde ni en ese día, ni en el del Estatuto, ni en el 20 de Septiembre, se había visto nunca rastro de bandera. El cura estaba dado á los demonios, por esto sobre todo. Iba de casa en casa para malquistar con los padres á la maestra «politiquera». Hasta había dejado de saludarla. Todos esperaban, de un día á

La novela de un maestro—Tomo I—9

otro, una diatriba escandalosa desde el púlpito. Pero la maestra conservaba siempre su hermoso semblante tranquilo y aquella mueca del labio inferior. «Una mueca, decía el delegado, que pide besos, no puede negarse. ¡Ah! ¡Si pudiera descubrirse el secreto! De fijo que el teniente cura, por averiguarlo, iría desde Piazzena á Turín, á cuatro pies, como un gorrino. Y á propósito: el maestro debía mirar bien en rededor suyo por las noches, si frecuentaba alguna callejuela, porque el tal curita era un sabueso infatigable, muy abonado para estar de centinela tres horas en una esquina, y si hacía presa, era el acabóse. Debía asimismo guardarse del sacristán, un viejo corcovado, que se vestía con las ropas de desecho de todos los clérigos del Municipio. Medio siglo hacía ya que aquella ruina ambulante espiaba á los maestros y había echado á pique muchos amores. ¡Ah, querido maestro! dijo para acabar, estamos muy mal servidos en lo que respecta á ministros de Dios. No hay aquí más que uno: el señor Biracchio.

BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO.

EL SEÑOR BIRACCHIO

Un día el concejal acompañó á Emilio á visitar al señor Biracchio, que era el más curioso ejemplar tonurado del distrito. Algunas veces le había visto el maestro en el pueblo, pero siempre de paso. Residía en un lugarejo de pocas y mezquinas casas, distante de Piazzena cosa de media legua; habitaba solo en una casucha compuesta de una alcobilla en el piso principal y de dos cuartitos en el bajo; tenía delante un patio ó huertecillo de muy pocos palmos cuadrados, que semejava un cementerio de familia. Cobraba un legado de algunos centenares de pesetas al año, con la obligación de dar clase á los muchachos de la aldea, que no pasaban nunca de diez ó doce, y con aquello, á lo cual agregaba algunas misas, y con alguna cosa eventual, vivía. Era el tragón más formidable que se conocía en quince millas á la redonda; un carnívoro sin fondo, siempre entrampado por causa de la carne, muy capaz de meterse entre pecho y espalda un cuarto de ternera asado, lo cual no quitaba que fuese un bebedor de primer orden. Un año había gastado todos sus ingresos sólo para pagar al carnicero de Piazzena, el cual, habitualmente, siempre que quedaban diez ó doce kilos de carne sin vender y que podían estropearse, se los enviaba con un propio al señor Biracchio, que los compraba con alguna rebaja. Compraba también, en cualquier ocasión, carne de vaca muerta por accidente; por lo general, una pierna colgaba fuera de la ventana de su azotea de madera,

para cortar de cuando en cuando un trozo, siempre que se debilitaba. Era conocido también, por sus comidas maravillosas, en todas las hosterías de la comarca, en una de las cuales, una vez, jugando tres días seguidos, había ganado y consumido con su compañía, tres pipas de vino. De sus borracheras más graves se curaba teniendo la nuca bajo el chorro de una fuente durante media hora, ó andando cuatro ó cinco millas con la cabeza descubierta y recibiendo la lluvia. Después, cuando estaba sereno, se pasaba semanas enteras sin ver á nadie, encerrado en su barraca. En todo lo demás, era un hombre excelente, que nunca había dado un escándalo; un pobrecillo á quien sus alumnos trataban como á un compañero, tirándolo de la sotana para obtener permiso de salida, y hablándole los diez al mismo tiempo. Y para impedir en lo posible estos abusos de la familiaridad, cuando hacía buen tiempo, mandaba á sus discípulos que estuvieran en el patio, sentados entre las piedras y las ortigas, con los libros entre las piernas, algunos con una cáscara de huevo por tintero, y les explicaba la lección desde la azotea, cerca de la pierna de vaca, colgada de la pared y con un litro de vino entre sus pies.

En el camino refirió el delegado á Emilio la última travesura que los alumnos habían jugado al señor Biracchio. Tenía éste en el patio algunas gallinas, y cada vez que oía cacarear, suspendía la lección y salía para coger el huevo. ¿Qué habían discurrido los malditos para desesperarle? Habían ido á buscar, á cuatro millas de distancia, un tunantuelo de la misma edad que ellos, un famoso artista que imitaba el canto de la gallina de un modo prodigioso; habíanle, al parecer, escriturado y escondido en un hueco delante de la casa; lo demás ya se adivina. El pobre cura había estado corriendo toda una mañana, burlado veinte veces, sin comprender lo que ocurría, con el rostro cubierto de sudor, desesperado, y los discípulos habían reído hasta desquijarse.

Cuando estuvieron delante de la casita, que aún parecía más triste y más pobre bajo un cielo cubierto de nubes negras, gritó el delegado:

—¡Señor Biracchio!...

Un momento después se abrió un ventanuco del piso bajo, que tenía dos hojas de papel en lugar de cristales, y apareció un rostro ancho, de oso, muy encendido, con dos ojos pequeñísimos y una boca muy grande, abierta.

Se abrió la puerta. Los dos visitantes penetraron en una estancia desmantelada, en que se veía: una botella de vino encima de un banco; un montón de fardos en un rincón; el pavimento sembrado de trozos de limas, de plumas de gallina, de cáscaras de nuez y de bellotas partidas; acá y acullá zapatos y leños. De una cuerda tendida á lo largo de la pared ahumada pendían algunas piezas de ropa blanca puestas á secar. Emilio contempló con curiosidad á tan extraño sacerdote cincuentón, bajo de estatura, muy ancho de hombros y de pecho, que tenía un vozarrón de bajo y mostraba poseer una salud de hierro y unas fuerzas hercúleas. El cura los recibió cordialmente, desembarazando el piso á patadas, y les hizo entrar en otra estancia, cuyo mobiliario se reducía á un armario, una cómoda y una mesa grande para los alumnos; encima de la mesa había algunos libros; una navaja de afeitar, abierta; un salero; varias cazuelas y un periódico. Inmediatamente fué el señor Biracchio á buscar vino, lavó dos vasos en una cubeta, mientras Emilio, echando una ojeada á los libros que había visto en la mesa, encontraba otra peregrina mescolanza: libros de iglesia y de escuela: «Las Sibilas celestiales», la novela histórica «Los montañeses sardos» y—sabe Dios por qué camino llegado allí—el «libreto» de la ópera «Gemma di Vergy».

¡Ah! ¡Qué delicioso rato de buen humor! Mucho tiempo hacía que el pobre maestro no reía con tanta gana. Lo mejor era que el señor Biracchio no se reía nunca: decía un chiste y se quedaba tan serio para ver el efecto, frunciendo el entrecejo sobre sus dos ojillos de pulga y arrugando los labios como para silbar. Conocía á todo el mundo, desde el primer propietario hasta el vaquero más infeliz, en toda la extensión del distrito. Estaba al corriente de toda aventura de veinte años atrás hasta la fecha, y acerca de

cualquier hecho ó persona tenía de pronto una anécdota adecuada y entretenida, y después varios trozos de discursos imposibles de resumir: por qué procedimiento hacía el vino, de qué modo había reparado una filtración de agua en la pared, la historia de su navaja, la manera de alinear la ensalada; pero las cosas más insignificantes tomaban en sus labios cierto sabor chistoso y nuevo, y revelaban todas juntas un sentido tan agradable de la vida, una filosofía tan cómoda, una tranquilidad tan sana de alma y de cuerpo, que, oyéndole, daban ganas de encerrarse allí, á comer en aquellas cazuelas y de domiciliarse con él en aquel desierto, para vivir fuera del mundo, sin cavilaciones y sin melancolías. Pero al escucharle, parecía como si tuviera una vida llena de ocupaciones: se levantaba á las cinco, barría, cortaba leña, arreglaba durante algunas horas sus cuatro muebles, se hacía su comida, después daba lección á los chicos, luego á la iglesia, en seguida un paseo por aquí, un paseo por allí: nada, que no le bastaba el día. Y así hubiese continuado hablando hasta la noche, intercambiando de vez en cuando en las cosas insustanciales una sentencia de moral sana, un juicio sensato sobre asuntos del Municipio, ó una reflexión, una palabra, que revelaban entendimiento claro y agudeza de ingenio; pero todo esto como acompañado de una risa interior, continua, que se transmitía á los oyentes sin pasar por su cara. El delegado aludió á sus proezas gastronómicas para hacerle hablar; pero él rehuyó la conversación, por respeto al recién venido. Entonces le preguntó por sus alumnos.

—¡Oh!—respondió.—No me hable usted de esos holgazanes. Juegan á la pelota conmigo. Son demasiados necios para tener maestro.

Y ya, al salir, les refirió la última proeza de los muchachos.

—Figúrense ustedes: la semana pasada, principia uno por pedirme permiso para salir á una cosa precisa; después, otro; luego un tercero; todos necesitaban salir. Pregunto: «¿pero qué sucede?» Me responden: «Nos hemos dado un atracón de miel.» Bueno. Salen todos; el uno, dos veces; el otro, tres. Se eternizaban. Yo

no sospeché nada. Pero al terminar la clase, me los veo á todos escondidos. No había salido ninguno de ellos. ¿Comprenden ustedes? Todos se encerraban en el cuarto de al lado, habían agujereado la pipa y chupaban el vino con una caña, uno detrás de otro. ¡Mil espolazos en los toneleros! ¡Seis litros muy corridos se engulleron esos truhanes!

Y permaneció serio en medio de las carcajadas de los otros dos.

—¿Y no los castigó usted?—preguntó el delegado.

—¿Cómo había de castigarlos, por Dios, si todos estaban borrachos?

Y volvió á dejar que rieran los otros. Tenía un periódico en la mano; el delegado leyó el título.

—¿Cómo—le dijo,—no es usted suscriptor de «El Eco?»

—Lo era—respondió el sacerdote con acento de disgusto;—pero lo he dejado porque «hacia política anti-patriótica».

Y después del «hasta la vista» tornó á su ermita, dejando á Emilio maravillado del acento sincero y firme con que había pronunciado las últimas palabras.

A unos treinta pasos de la casa, el delegado volvió pies atrás, y gritó otra vez:

—¡Señor Biraaacchio!...

Este se asomó á la ventana.

—Le advierto—gritó el delegado,—que uno de estos días viene el inspector.

El cura respondió con voz estentórea:

—Estoy prevenido.

Y volvió á cerrar la ventana.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

REPARICIÓN DE UN AMIGO

Emilio tuvo poco después el gusto de ver la honrada fisonomía de su inspector de Garasco y de experimentar por primera vez, que fué por desgracia también la última, lo ventajosa que es para un maestro elemental la estabilidad de un buen inspector, con quien puede, de cuando en cuando, espontanearse mejor, conociéndolo y haciéndose conocer, y observar con él, de un año para otro, los efectos del propio método, y hablar también con absoluta confianza de sus intereses más delicados. Cuando le vió dirigirse á la escuela, salió á su encuentro como al de un amigo antiguo.

El, no bien hubo entrado, le preguntó sonriendo: —¿Qué tal va el nuevo sistema?

Podía decirle que iba bien, y lo dijo; pero aludió también á los sacrificios que le costaba. Había logrado, según sus consejos, modelar el maestro «exterior» y éste llenaba su oficio con buen resultado; pero el maestro «interior» se enfurecía y se rebelaba descontento de su destino.

El inspector respondió que iba bien así. Y como el maestro no comprendía, continuó diciendo:

—Si el maestro «interior» estuviese resignado, usted no sería un maestro bueno, pues no querría usted bastante á sus discípulos.

Y le indicó que no habría vuelto á hablar del asunto. La visita fué corta. Después de algunas preguntas,

elogió á Ratti en presencia del alcalde, que permaneció frío, y mirando á las paredes con tal insistencia, que acabó por llevarse tras sí las miradas del inspector; éste entonces terminó su periodo diciendo:

—Es esta escuela una verdadera joya, que honra á la administración municipal.

A estas palabras, el alcalde se tranquilizó, y aún tuvo para el maestro una frase de alabanza.

Después de esto, el joven fué invitado para acompañar al inspector á la clase del otro maestro, luego que Emilio hubo contestado á los dos con palabras de agradecimiento. A ellos se agregó, cuando entraban en la escuela, el superintendente.

El maestro viejo y barrigudo no se turbó cuando vió entrar al inspector y á las autoridades; limitóse á pasar lentamente su mano derecha sobre sus cabellos blancos, que no solía peinar sino de muy tarde en tarde. Había llegado á tal extremo de ancianidad y de resignación, que, no teniendo ya nada que temer ni nada que esperar de nadie, se habría quedado muy sereno aunque hubiese aparecido en la escuela el mismo Ministro en persona, con todo el Consejo superior de Instrucción pública.

El inspector pareció maravillado de la lentitud extraordinaria con que contestó á aquel anciano á sus preguntas. El inspector mismo tuvo que ayudarle á buscar en la mesa los diferentes registros é impresos que necesitaba consultar para responderle. Cuando encontraba un papel, empleaba en desdoblarlo un minuto, y dos en hallar lo que buscaba.

El alcalde y el superintendente se impacientaban por el inspector.

Este hizo leer á varios niños. Leían haciendo pausas demasiado largas y con una pronunciación deplorable. Comenzó á preguntarles; contestaban del mismo modo. Parecía que la vejez del maestro se había transmitido á los discípulos; no mostraban ni decisión, ni bríos. Mientras el alumno buscaba con toda tranquilidad la respuesta, esperaba el maestro tranquilamente, sin darle prisa, mirándole con los ojos medio cerrados.

El inspector se incomodó.

—Está bien—dijo con algún desabrimiento;—pero,

mire usted, convendría tomar estas cosas con un poco más de energía... comunicar un poco de vida á esta escuela.

El maestro lo miró sosegadamente, por encima de sus gafas, como para preguntarle:

—Pero, señor inspector, ¿dónde quiere usted que tome yo eso?

El inspector dirigió algunas otras preguntas, corrigió errores de pronunciación. Tenía trazas de estar descontento, parecía como si se dispusiese á lanzar una censura seca; y acaso para no hacerlo principió bruscamente las preguntas reglamentarias de la visita.

—¿Cuántos años de servicio?

—Cuarenta y ocho—respondió el maestro.

—¿Ha tenido usted socorros?

—Sí, un socorro de ciento diez pesetas.

—¿En toda la carrera?

El maestro movió la cabeza afirmativamente.

—Y... ¿ha hecho usted la cuenta de lo que le correspondería del montepío de pensiones si solicitase ahora su jubilación?

—Doce pesetas al mes.

A estas palabras siguió un instante de silencio.

Faltaba la última pregunta:

—¿Qué desea usted?—dijo el inspector.

—Nada—respondió placidísimamente el maestro.

El inspector lo miró, y todo su enojo quedó desvanecido.

Cuando ya fuera de la escuela quedaron solos Emilio y el inspector, éste se franqueó amistosamente con el joven. Le dolía haber dirigido algunas palabras acres al pobre viejo que daba á la escuela los últimos restos de su misera existencia para no quedarse en medio de la calle. ¿Qué se podía pretender de él? ¡Por Dios! Acordábase de haber leído pocos días antes un folleto escrito por cierto hombre de corazón, el cual proponía que se fundasen en las poblaciones grandes hospicios para «los perros viejos vagabundos». ¡Qué cómica suele ser la vida! Para desechar este pensamiento contó á Ratti algunos episodios curiosísimos de su visita de inspección por el distrito. Hasta había sido causa involuntaria de efusión de sangre. Habiéndose presen-

tado de pronto en la escuela de una aldeilla, el maestro, que estaba afeitándose mientras dictaba los trabajos, aturdido con la aparición inesperada del inspector, se había inferido una tremenda cortadura en la barbilla. Era el tal un desdichado viejecillo que tenía su cama en la misma escuela; allí estaba también su despensa, allí se hacía el café, fumaba su pipa, barría, se remendaba su ropa; todo esto dando clase. ¿Cómo hallar ánimos para dirigir reproches á un «apóstol de civilización» reducido á tal extremo? Lo más curioso era que el buen hombre explicaba en puro dialecto campesino, no creyendo, en manera alguna, que procedía mal haciéndolo; y era de tal modo verdad esto, que habiéndosele preguntado por qué no explicaba en italiano, contestó ingenuamente:

—Pues si yo les hablase en italiano, los chicos no vendrían.

Como el inspector le preguntase de qué modo se arreglarían los discípulos, no aprendiendo italiano, para escribir una carta, el maestro dió una respuesta verdaderamente peregrina. Tenía él un prontuario epistolar y dictaba á sus alumnos sendas cartas sobre asuntos diversos, de suerte que conservando sus cuadernos los discípulos, hallarían siempre una carta adecuada á cualquier necesidad que se les presentase en la vida. Solamente que solía dictarles también algunos trozos de prosa, no del todo dentro de los programas, como uno que el inspector había encontrado en todos los cuadernos, de copias detestables hechas por los discípulos, recientemente escritas: «Acordaos de que pasado mañana es el santo de vuestro pobre maestro, el cual se fatiga tanto por vosotros y no recibe una recompensa proporcionada, y que es necesario demostrarle de algún modo vuestra gratitud», etc. Pero de este pobre hombre y de algunos otros parecidos, á cuya vista se le caía el alma á los pies, había sido consolado por otros; uno, sobre todo, del reducido ayuntamiento de Rilla, maestro joven, expósito, tan apasionado por su profesión, tan elocuente en sus explicaciones, tan ingenioso en sus procedimientos de enseñanza, y de un carácter tan simpático y tan abierto, que había quedado prendado de él y estando á su lado

había sentido como una llamarada de su antiguo entusiasmo juvenil por la escuela. Aquel pobre maestro, solo en el mundo, en aquella aldehuela ignorada, con ciento cincuenta pesetas de sueldo, tenía una idea extraña: la de que era hijo de un gran señor ó de un Príncipe, al que alguna vez encontraría. Lo decía riendo; pero tornaba y retornaba tantas veces al mismo tema y con delectación tan evidente, que hacía pensar en que fuese aquello verdadera manía, y movía á risa, y al propio tiempo hacía asomar lágrimas á los ojos.

—Pues bueno—concluyó el inspector,—uno de éstos basta para vindicar á toda la clase de maestros del perjuicio que le causan cien holgazanotes. En otro villorrio había encontrado una maestra, baja, morena, como una gitana, que había adoptado á una hija de campesinos del valle de Susa, huérfana á consecuencia de la caída de un alud, y la tenía á su lado, dando también clase, desde la edad de tres años.

También esta vez dejó el inspector á Emilio con el alma alegre y llena de excelentes propósitos.

Desde el coche, que estaba ya para partir, aún le dió buenos consejos sobre el modo de conducirse, puesto caso de que el cura le declarase abiertamente la guerra.

—Haga usted—le dijo,—lo que le dicte su conciencia, pero con firmeza y tranquilamente: esto es lo que impone respeto á los adversarios y persuade á los dudosos, que son la mayoría. No hay otro camino. Límitese usted á estar á la defensiva. La yerian los maestros que en casos análogos van al asalto. Al asaltar, dan pasos en falso y se descubren. Usted deje que asalten, que se enardeczan y que se cansen los enemigos. Pero en la defensa, lo repito, nada de debilidades; la cabeza alta y ni un solo paso hacia atrás. La patria ha puesto á usted aquí de centinela avanzado, no lo olvide usted. En último caso, grite usted: «¡á las armas!» y le acudiremos. Joven, muchas felicidades.

El buen inspector dejaba, sin embargo, en Piazzena un alma dolorida. En la clase de la maestra Marca, al dirigir las preguntas del proceso verbal, acaso distrai-

damente, había preguntado á la profesora su edad en voz alta, en vez de hacer que ella misma la escribiese en la hoja impresa. Ella habíase visto precisada á contestar, también en voz alta: «Treinta y nueve años.» Y al oír aquel número, que á las muchachas pareció enorme, las pícaras habían producido un largo murmullo, que había sido para la maestra una puñalada en el corazón. Emilio supo esto por el delegado, que acompañó al inspector á las escuelas de niñas (á las de niños no iba nunca), y que, como verdadero defensor de las maestras, estaba indignado.

—¿Quién ha visto nunca un hombre tan mal educado?—exclamó.—¿Sabe usted que eso es piramidal! Voy á escribir á «El Pueblo». ¿Por qué no ha de haber un libro de buena crianza para los inspectores? ¡Voto al dios Baco! No se pregunta la edad á las doncellas de cuarenta años.

Emilio trató de disculpar al inspector; pero el delegado mudó repentinamente de conversación, pasando de la cólera á una especie de gravedad patética.

—Querido maestro—le dijo parándose,—es necesario que vaga usted al municipio de Altosso. Estuve allí anteayer para un negocio, y allí dejé el alma...; doy á usted mi palabra. Hay en aquel pueblo, desde hace un año, una maestra ¡qué maestra! que es un ángel de Dios. Bástele á usted saber que las autoridades se han visto en la necesidad de suplicarle que fuese á la misa del alba, y no á la mayor, porque afluían allí para verla muchos jóvenes de pueblos inmediatos. No se figure usted que es lo que suele llamarse una hermosura perfecta, nada de eso; pero es cuanto puede concebirse de más adorable en el mundo; alta, rubia, blanca, ¡muy blanca!... Es un alma de ángel, con aire de princesa; en una palabra: una maravilla. Es hija de un coronel, muerto á consecuencia de la caída de un caballo; llegó al pueblo con hábito blanco de hermana del «Buen Pastor», que ya se ha quitado, y produjo el efecto de una aparición. El alcalde, el maestro, el cura, el médico, el secretario, todo el Municipio, bebe los vientos por la maestra. La Junta hace cuanto la maestra quiere; le han puesto de nuevo la escuela, y hasta le han hecho traer un piano. No puede usted

figurarse. Ha encantado á las discípulas, á las madres, á las campesinas; ha dominado á todos, de todos se ha hecho dueña. Es una seducción ¿qué sé yo? un encanto el que tiene en los ojos y en la voz, que nadie puede resistirse. Las niñas corren á su encuentro en la calle y le besan la mano, como á la Virgen en persona. Todos le llevan flores. Dicen que explica de un modo tal, que mantiene con la boca abierta hasta á las mayorcitas. Le digo á usted que es un encanto. Tiene un tallecito que puede abarcarse con la mano. Un día entero he permanecido allí, y no me han hablado de otra cosa. No puedo quitármela del pensamiento. ¡Ah!—prosiguió, para dar un colorido menos material á su pasión;—si de las Escuelas Normales saliesen cada año un millar de maestras así, Italia cambiaría por completo.

Lanzó un suspiro, contemplando la mano robusta, pero ya arrugada, con la cual había indicado aquel apetecido mejoramiento.

LA VIDA DE LA ALDEA

Después de la visita del inspector, el maestro tuvo un periodo de tranquilidad, durante el que creyó, sin embargo, observar que el teniente cura le seguía los pasos desde lejos, después de oraciones, quizás para enterarse de si andaba de noche de picos pardos; en tanto que el cura, por su parte, continuaba escandalizando á las familias con motivo de los temas patrióticos del maestro, temas á los cuales daba muy cultamente la denominación de «truchimanerías», arañando también, como de pasada, al inspector y al delegado. Proseguía, mientras tanto, la guerra entre él y la maestra Fanari, la cual, como el cura hubiese lanzado desde el púlpito otro saetazo contra ella, con pretexto de la bandera consabida, había declarado terminantemente, haciéndolo llegar á oídos del sacerdote, que á la primera provocación de esa índole, presentaría querrela ante los Tribunales por injurias públicas; el cura se había reído ruidosamente en la sacristía de aquella amenaza. Reducíanse entonces las hostilidades á pasar la una al lado del otro sin mirarse, aunque creyendo cada cual que el otro miraba, y sonriéndose ambos: con aire de desafío, él; ella, con ironía. En el pueblo se esperaba un combate, y continuaba la murmuración y las pesquisas en lo referente al secreto de los viajes de la maestra á Turín.

Llegaron los exámenes, y habiendo Emilio superado con buen éxito «la prueba» de catecismo, á que asistió

el cura con aire amenazador, pudo lisonjearse de haber terminado el primer año académico sin tempestades. Entonces decidió, por último, comenzar con empeño su preparación para presentarse á oposiciones á las escuelas municipales de Turín, que había sido siempre su constante aspiración desde los primeros años del aprendizaje. Ya entonces podía Emilio considerar como terminado su ensayo en la profesión del Magisterio; por el pronto no tenía preocupaciones graves; forasteros había pocos, algunas familias de tenderillos de Turín: todo favorecía para el estudio. Sacó, pues, sus cuadernos y sus libros, y dió comienzo á la tarea.

Quedó maravillado, no obstante, al advertir que no encontraba en el estudio placer alguno, y que tardaba mucho y se fatigaba demasiado para aprender, cosa que nunca le había sucedido. Atribuyó estas dificultades á una especie de empequeñecimiento intelectual contraído en la costumbre de la enseñanza; costumbre que le hacía muy trabajoso elevar el pensamiento fuera del círculo en que, hacía ya dos años, se había movido. Perseveró, pues, muy seguro de triunfar. Pero pasaron las primeras semanas, y Emilio seguía estudiando sin vigor y sin provecho, como si su cerebro estuviese nublado. El maestro no acertaba á explicarse á sí mismo el estado de su alma. Era una especie de hastío que se le entraba en casa por la ventana, y que penetraba hasta su espíritu juntamente con el silencio y con la tranquilidad de la aldea. Esta era, efectivamente, tranquila y silenciosa como un convento. No se advertía en ella más que una insignificante señal de vida en la plaza, cerca de la botica, á la hora de la distribución matinal del correo; veinte ó treinta personas con periódicos ó cartas en la mano, y que formaban corrillos ó se acompañaban mutuamente durante algunos minutos, y luego se saludaban y desaparecían por acá y por allá. Después, durante horas enteras, sobre todo en los días de sol, nada se oía; todas las ventanas y todas las puertas permanecían cerradas ó entornadas, y parecía como si en aquel lugar, no solamente no se moviera nadie, sino que nadie pensase y que no hubiese más seres vivientes que las moscas. En aquella quietud, en la que la más

ligera interrupción producía el efecto de un ruido estrepitoso, hasta el maestro mismo había adquirido el vicio de correr á la ventana, impulsado por una curiosidad infantil, cada vez que oía el rodar de un vehículo, y de escuchar con avidez cualquier palabra que sonaba en la calle. También había aprendido á conocer la hora en las costumbres de algunas personas, que eran como manecillas de reloj; desde su mesa reconocía los golpes del bastón del alcalde sobre el empedrado, el taconeo apresurado de la mujer del fiel de fechos, los golpes de tos «abaronada» del organista, el paso de los carabineros y otros ruidos de la misma índole, y que, en ciertos momentos, le llevaban siempre á las mismas ideas. Dos ó tres carcajadas ruidosas que oía siempre, hacia las cuatro y media ó las cinco de la tarde, en el café próximo, eran del recaudador, que se detenía allí diariamente á referir las majaderías de una criada montañesa. Parecía oír también á horas fijas el rebuzno de un asno que sonaba, de vez en cuando, de extremo á extremo de la aldea, como el bostezo de un gigante que se fastidiaba. Emilio no se hastiaba menos cuando estaba acompañado, porque hallaba en la vida del pensamiento la misma inercia, idéntica monotonía que en la vida de la materia. Reduciase todo á diálogos interminables sobre la bondad comparada de las aguas de dos pozos; descripciones larguísimas que hacía un vecino del nuevo procedimiento de limpieza que había introducido en su patio; explicación que daba otro sobre el cómo había dejado su casa limpia de ratones; discusiones minuciosas sobre una modificación reciente de la ley de impuestos, discusiones interrumpidas por la noche y reanudadas á la mañana siguiente, y á las cuales llevaban todos los días cada uno de los contrincantes un argumento nuevo, al que su adversario buscaba después nuevas objeciones cuando estaba solo. A tal extremo llegaba la inercia intelectual en algunos, que, después de recoger por la mañana «el diario» único, por medio del cual tenían noticias de lo que pasaba por el mundo, se lo guardaban en el bolsillo y no lo leían hasta la noche. Algunos ni aún desdoblaban el